

LEO STRAUSS, *¿Progreso o retorno?*, Paidós, Barcelona, 2004. 214 páginas.

LEO STRAUSS, *Sobre la tiranía*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2005. 270 páginas.

Por fortuna y para bien de los estudiosos de la política, comienzan a traducirse al castellano obras de Leo Strauss. El primero de los dos libros que reseñamos está formado por dos capítulos extraídos de *Rebirth of Classical Political Rationalism. An Introduction to the Thought of Leo Strauss* (Chicago University Press, Chicago, 1989): “El problema de Sócrates: cinco lecciones” y, el que da título a la edición española “¿Progreso o retorno?”, amén de un notable y esclarecedor estudio introductorio de Josep M. Esquirol, profesor de Filosofía Moral de la Universidad de Barcelona.

La figura de Sócrates puede decirse, sin temor a error, que fue esencial en la obra y el pensamiento de Strauss, al punto que llegó a dedicarle hasta cuatro libros en los que encontramos las diferentes versiones que sobre la figura del filósofo griego se nos han transmitido, y que van desde aquella de Aristófanes hasta la de Platón, pasando por la de Jenofonte. Es bien sabido que, dependiendo del transmisor, podemos encontrar un personaje casi contradictorio o contrapuesto, al menos en apariencia, con el que nos proporcione otro. Así, si comenzamos con el Sócrates que nos ha legado Aristófanes, especialmente el que aparece en *Las nubes*, se aprecia una perspectiva que, en cierta manera, no sólo encierra una posible burla sobre su figura, sino también, y principalmente, una severa crítica, en cuanto para él Sócrates no ha llegado a comprender el carácter específico de lo político. De los quince escritos de Jenofonte que nos han llegado cuatro están dedicados a analizar la figura de Sócrates,

mientras que el gran personaje que constituye el otro polo de su obra es Ciro. De hecho, podemos encontrar un punto común entre ambos en la perspectiva jeno-fónica: su capacidad y la habilidad para mandar. Ciertamente hay, a pesar del parecido, notables diferencias entre Sócrates y Ciro, y bien que se encarga de subrayarlo Jenofonte, ya que Sócrates es fundamentalmente un educador. No obstante, en las *Memorables* el gran asunto es, en cambio, el de la visión socrática de la justicia, dedicándose en concreto la primera parte a la idea de justicia legal. Con ello se analiza la gran cuestión de la perspectiva socrática sobre el cómo y los distintos porqués de su actitud respecto a las normas de la ciudad y su cumplimiento, llevado a cabo en su labor pedagógica con la juventud ateniese, y cómo ésta fue interpretada y deformada por sus jueces, justamente por estar guiada sólo por la búsqueda de la verdad, aunque compatibilizada con la norma de la polis.

Con este vínculo socrático, en la lección cuarta de Strauss el asunto que subyace de forma clara y ostensible no es otro que el de la relación entre política y filosofía; situar la búsqueda de la verdad, gran objetivo de la filosofía, como núcleo de la política, entendida en sentido pleno, es lo que conduce a afirmar que la pretensión straussiana en su interpretación socrática no es otra que la búsqueda de politizar la filosofía, más que filosofar sobre la política. En realidad, se sabe que la gran aspiración de Platón en su obra, y mantenida a través de la filosofía, es intentar perfilar al hombre bueno, y para él

la poesía no presenta ni al hombre bueno ni a la vida buena, lo que, como corolario, nos conduce a sostener que no representa para nada al filósofo. La pregunta que posteriormente se hace Strauss y la respuesta que le otorga pasan por afirmar que, mientras que la filosofía tiene como misión educar e intentar conducir a quienes enseñan a cultivar también la filosofía, no es la misma la labor llevada a cabo por la poesía, ya que ésta no intenta llevar a sus oyentes a convertirse en poetas. Por todo ello la poesía resulta absolutamente legítima siempre que se encuentre al servicio del diálogo platónico, que se encuentra a su vez al servicio del conocimiento, mientras que la poesía por sí sola es ciega en este punto clave y lo que hace, sin más, es moverse en el ámbito de la imaginación y de la pasión.

El ensayo “¿Progreso o retorno?”, título asimismo de una serie de conferencias pronunciadas por Strauss, se centra, bajo la apariencia de la confrontación o no de estos dos grandes conceptos, en otra cuestión que siempre acució a nuestro autor: las posibles relaciones entre razón y revelación, entre Atenas y Jerusalén, así como las difíciles conexiones, por otra parte necesarias y enriquecedoras, entre antiguos y modernos. La idea de progreso es la de un camino hacia la consecución de una realidad mejor. Mas, por otra parte, se puede decir que esto teóricamente es algo que no conoce límites, por lo que hay que establecer que cuando Strauss habla de “progreso” nos hallamos ante un concepto que poco tiene que ver con el que pudiera mantenerse en el mundo griego. La idea de progreso se encuentra vinculada estrechamente a la idea de realización del hombre, y el fin de éste, entendido como

lo simplemente bueno, ha de comprenderse de un modo específico, si es que ha de llegar a ser la base de la idea del mismo. Posteriormente, Strauss plantea una cuestión que hoy día puede considerarse de absoluta actualidad, ya que en un momento determinado puede estimarse que acaece un declive de la creencia ciega en la idea de progreso. Y, lógicamente, hay que preguntarse el porqué de ello. El hombre —en el sentido moderno del término— ha creído en una idea de progreso consistente en que una vez que ha logrado “un determinado nivel intelectual, social o moral, allí se da una base de existencia estable, por debajo de la cual no puede descender” (p. 170). Para situar esta consideración del progreso y de su crisis recurre a la clara contraposición entre antiguos y modernos, querella que no sólo se produce en un determinado momento histórico, sino que reaparece a lo largo del tiempo con notable reiteración e importancia; y ello conduce además a Strauss a subrayar que su consideración de lo moderno no es en absoluto algo puramente cronológico sino más bien esencial. Lo cual viene a ser de esta forma porque para él el rasgo más definitorio de la modernidad es su carácter esencialmente antropocéntrico. En este plano hay que destacar cómo esta consideración hace que la visión moderna del filosofar sobre lo político rompa de forma plena los lazos con la esencia que había mantenido firme y con afán de trascender las soluciones a problemas concretos a la filosofía política clásica, y que no era otra que la idea de naturaleza. Así, nos topamos con el gran corte entre los dos períodos —clásico y moderno— que Strauss encuentra en la filosofía política.

La conclusión de Strauss toma otro derrotero, ya que si de forma coloquial se dijera que los filósofos nunca han refutado la revelación, y viceversa, la cosa podría sonar plausible e incluso trivial. Para demostrar que no lo es, propone una perspectiva conclusiva consistente en que si consideramos la filosofía en un sentido vago del término incluye cualquier orientación racional en el mundo, comprendida la ciencia y el sentido común. Si aceptamos tal extremo, la filosofía —afirma Strauss— debe admitir la posibilidad de la revelación y ello, a su vez, conduce a la idea de que quizás la filosofía no sea el modo más correcto de vida. Pero este antagonismo hay que considerarlo en acción, ya que “el nervio de la historia intelectual de Occidente, la historia espiritual de Occidente, casi podríamos decir, es el conflicto entre las nociones bíblicas y filosóficas de la vida” (p. 212). Ciertamente estamos ante un conflicto, pero quizás en la condición de este conflicto no resuelto resida el secreto de la vitalidad de la civilización occidental.

En el 2005 se publicó por fin en castellano, después de muchos años de las ediciones inglesa y francesa, una obra esencial de Leo Strauss como es *Sobre la tiranía*. Esta edición tiene varias peculiaridades. En primer lugar, incluye una traducción del *Hierón* de Jenofonte realizada expresamente para este volumen. En segundo lugar aparece el texto de Strauss “Sobre la tiranía”, traducido de la última edición en lengua inglesa, seguido del de Kojève “Tiranía y sabiduría”, que aparece asimismo por primera vez en castellano, y para el que se ha seguido la versión francesa de 1954, aun cuando se han mantenido los párrafos que aparecieron en la versión inicial y más breve publicada en *Critique*. Más compleja

es la versión que se ha tomado para verter al castellano la respuesta de Strauss a Kojève, redactada en inglés y traducida posteriormente al francés. Curiosamente esta última versión es algo más extensa que la original, pues se ha elegido tomar como base el texto original inglés, añadiendo entre corchetes los fragmentos de la versión francesa que no aparecían en el original. Por último, se incluye la recensión que Voegelin publicó en 1949, que las ediciones francesa y americana posteriores no recogen, aunque su importancia es tan manifiesta que el propio Strauss examina sus argumentos en las primeras líneas de su réplica última. Sólo falta la inclusión de la correspondencia entre ambos, que aparece en las últimas ediciones americanas de la obra.

El primer acercamiento de Strauss respecto de la tiranía pasa por considerar cómo puede valorarse ésta, para lo que habrá que tener en cuenta la diferencia existente entre el rey y el tirano y, asimismo, los posibles paralelismos que cabe encontrar entre el *Hierón* y *El Príncipe* maquiaveliano, llegando además a la conclusión de que en buena forma el texto jenofónico tiene una expresa carga retórica y que, tal vez, por el olvido o falta de consideración que se la ha concedido durante bastante tiempo a dicho método ha dejado de ser estimado debidamente. El tratamiento de Strauss respecto a la obra de Jenofonte se detiene, tras contemplar el problema, el título y la forma otorgada al diálogo, en la disposición del mismo, que es el mantenido entre el poeta Simónides y el tirano Hierón. Hay que subrayar que el diálogo tiene un tono claramente irónico, ya que Simónides en múltiples momentos no sólo dialoga con el tirano, sino que se acerca a él con ánimo de aprender cuál es su papel y cuáles los rasgos que lo caracterizan.

Strauss analiza las diferencias entre los dos géneros de vida, el del tirano y el del ciudadano, pasando posteriormente a ver similitudes y diferencias entre sabio y gobernante. Tales planteamientos, conducentes a analizar la superioridad de una forma de vida sobre otra, concluyen que, a pesar de las ironías de Simónides, el elogio de la tiranía puede llegar a ser sincero. El primer apartado del libro se cierra con un capítulo sobre la ley y la piedad en el que se aprecia la gran relevancia otorgada a la primera frente al nulo realce concedido a la segunda, cuando es bien sabido que Aristóteles incidió en la importancia que el tirano debe dar a la segunda.

A este texto de Strauss respondió Kojève con “Tiranía y sabiduría”, en el que destaca la importancia del texto straussiano, no sólo por el estudio del texto de Jenofonte, sino por la cuestión planteada. Kojève, con una perspectiva muy distinta de Strauss, considera que Simónides toma una posición pagana o aristocrática, que Hegel considerará propia del Amo por oposición a la del Esclavo, que será la característica del judeocristiano o del burgués, y así piensa que la búsqueda de la gloria no es tampoco propia de todo individuo sino de quienes tienen la condición de Amos. Para Kojève hay tiranía cuando se carece de la aceptación de los gobernados, y por ello de legitimidad, por lo que el gobierno se ejerce sólo a través de la fuerza o la imposición. Continuando el paralelismo con Hegel, el político sólo actúa buscando el reconocimiento. Pero al buscar éste, aspirará a aquél de carácter pleno, por lo que sólo estará plenamente satisfecho cuando su “Estado” englobe a la humanidad entera (p. 182). Además, el deseo de reconocimiento no sólo aspira a extenderse cuantitativamente, sino también

cualitativamente, por lo que se busca que dicho Estado sea asimismo lo más homogéneo posible. Por otra parte, Kojève sostiene que no ha encontrado nunca filósofo alguno capaz de llevar adelante con éxito labores de gobierno, pero si por contra buscamos un arquetipo de político podemos hallarlo en la figura de Alejandro, que aún la condición de estar formado en la tradición filosófica griega y buscar el establecimiento de un Imperio.

Para el filósofo ruso-francés el análisis del texto de Jenofonte y la interpretación straussiana confrontadas con las enseñanzas de la Historia sugieren que las relaciones entre filósofo y tirano siempre han sido razonables en el curso de la evolución de ésta, en cuanto de alguna manera las enseñanzas del primero han sido puestas en práctica por el segundo. Así, Kojève concluye que “es la historia misma la que se encarga de “juzgar” (por el “triumfo” o el “éxito”) los actos de los hombres de Estado o de los tiranos, actos que aquéllos ejecutan (conscientemente o no) en función de las ideas de los filósofos, adaptadas para su aplicación práctica por los intelectuales” (p. 217).

Como colofón de esta interesante obra se incluyen las respuestas de Strauss a Kojève y a Voegelin, autores con los que pretende ajustar cuentas intelectuales. De esta forma tenemos en nuestras manos una de las, quizás, más brillantes confrontaciones intelectuales sobre la relación entre filosofía y política habida en el siglo XX, y en la que se pusieron frente a frente no sólo dos mentes geniales sino dos maneras —antigua y moderna— de entender el estudio de la filosofía política.

PABLO BADILLO O'FARRELL